



GUILLERMO  
MARTÍNEZ

UNA MADRE  
PROTECTORA

 Planeta

GUILLERMO  
MARTÍNEZ

UNA MADRE  
PROTECTORA

 Planeta

# I

Recuerdo perfectamente la primera vez que los vi, en el departamento de Renato y Moriana, porque fue también la primera vez que me invitaron a mí a lo más íntimo del círculo áulico. Se celebraba la aparición del segundo o tercer número de la revista literaria que dirigía en esa época la pareja dorada y éramos todos escritores o, como en mi caso, aspirantes con un par de cuentos, extras todavía sin letra, parte del auditorio juvenil y subyugado que festejaba los

sarcasmos feroces de Renato, y los comentarios dejados en el aire, como explosivos de detonación demorada, en apariencia inocentes pero todavía más devastadores de Moriana.

Yo había escuchado hablar antes, por supuesto, varias veces de él, de Lorenzo Roy: el pintor amigo de la adolescencia de Renato, el artista generoso que ayudaba a ilustrar la revista y había cedido para una rifa uno de sus originales, el hombre que firmaba sus obras con el bigote en forma de manubrio que se había convertido en su marca, el último mohicano del expresionismo abstracto, como lo había definido una vez Renato. Había escuchado también, cada vez que se lo mencionaba, hablar enfáticamente de su talento, tanto más obvio porque no había sido reconocido todavía más allá de ese grupo. Pero ni aun en aquel tiempo era tan ingenuo como para no darme cuenta de que «talento» en boca de Renato y Moriana era un elogio genérico y casi automático,

una distinción que al conferirla se otorgaban también a sí mismos: si era amigo de ellos, naturalmente tenía que ser talentoso. Por eso, apenas llegué a la casa, al subir las escaleras, me detuve en la antesala frente al gran cuadro sobre la chimenea que Lorenzo les había regalado para su casamiento y del que tantas veces nos habían hablado. Quería ver por mí mismo, a solas, desprendido de los signos de admiración y de todo lo que había escuchado. Traté de mirar en un estado de indiferencia, de tabula rasa, para dejar que aquella vorágine de azules furiosos me hablara en silencio, que se manifestara desde la tela y me convirtiera en otro fiel. Pero el ruido de copas y risas tan cercanas no ayudaba demasiado y Moriana llegó enseguida para arrancarme de allí, porque quería presentarme a alguien.

—Extraordinario, ¿no es cierto? —dijo, mirando hacia atrás con algún remordimiento, como si lamentara haberse acostumbrado a te-

nerlo todo el tiempo frente a sus ojos y ahora pasarlo por alto—. Lorenzo ya debe estar por llegar; le voy a decir que te encontré ahí, petrificado.

—¡Lorenz! Hace cuánto que no lo veo —dijo Emilio al escucharla. Era uno de los históricos del grupo, de la primera época de la revista, todavía algo mayor que Renato. Estaba sirviendo vino y nos apuntó con la botella—. ¿Es verdad lo que escuché? ¿Viene solo o acompañado? —preguntó con un tono intencionado, y giró hacia Renato. Varias cabezas se alzaron y los ojos relumbraron de curiosidad.

—Recién llamó por teléfono, me dijo que están demorados. Parece que viene con ella —dijo Renato, mirando a su mujer.

—¿Y quién es *ella*? —preguntó por todos Clarita—. Ahora van a tener que contarnos.

Habían contado, entre bromas, lo poco que sabían, porque era algo muy reciente. Se llamaba Sigrir, y era noruega, o danesa, no esta-

ban seguros. Tenía un título de bióloga marina y había llegado a la Argentina para estudiar las migraciones de las ballenas en el sur, pero apenas pisó Buenos Aires abandonó todo para dedicarse a pintar. Lo había conocido a Lorenzo en una muestra colectiva en San Telmo.

—¿Entonces? —dijo Clarita—. ¿Otra hippona? ¿Cuántos años tiene?

No sabían, pero sospechaban que menos de treinta, porque Lorenzo no había querido decirlo.

—¡Menos de treinta! Y él pasó ya los cincuenta, ¿no es cierto? —dijo la mujer de Emilio, algo escandalizada—. La próxima la va a ir a buscar al colegio secundario.

—Nosotros no podemos tener nada en contra de la diferencia de edad —dijo Renato con un tono ecuánime, y miró a Moriana. Yo había notado que siempre le interesaba señalar cuánto más joven era ella, y me preguntaba si no sería una manera indirecta de dar aliento

a las estudiantes en busca de monografías que siempre lo merodeaban. Había dos o tres allí mismo que sólo parecían tener ojos para él.

—Como sea, llegó justo a tiempo —dijo Moriana, por primera vez seria y con una entonación oscura de sibila—. Creo que él ya estaba por volver a...

Hizo un gesto a mitad de camino que no alcancé a descifrar y no completó la frase, como si todos a su alrededor ya supieran de qué hablaba. En ese momento sonó el timbre. Moriana bajó a abrir y hubo un silencio expectante de oídos que se aguzaban hacia la puerta de entrada. Eran ellos, y los trajo envueltos en exclamaciones de alegría y bienvenida, y risas que subían ahuecadas por la escalera. Vi primero a Lorenzo, que se abrazaba con sus viejos amigos entre gritos de entusiasmo y palmadas cariñosas en la cara. Me pareció un Taras Bulba estentóreo, amable y feliz. Todo su cuerpo parecía desbordar una energía física que se vol-



caba hacia los demás en una ola cálida y contagiosa. Sobre los bigotes gruesos y entrecanos, los famosos bigotes que parecían flotarle a los costados de la cara, los ojos se le achinaban al sonreír. Tenía el pelo echado hacia atrás, muy raleado, en vetas blancas y grises, rematado detrás del cuello en una coleta. Estaba vestido con el uniforme reglamentario de los artistas plásticos de esa época: pantalones a rayas, anchos y livianos, sandalias y una casaca blanca vagamente caribeña. Era muy alto y corpulento, y pensé que ella, al fin y al cabo, había elegido en las antípodas de su mundo a un vikingo criollo. Me estrechó la mano con una cordialidad llana, se inclinó con atención para escuchar mi nombre y siguió su camino para saludar detrás de mí a otra gente. Ella, Sigrir, había quedado un poco rezagada, atrapada en el cortejo de bienvenida de las mujeres. No puedo decir que me haya impresionado en ningún sentido, o que pude percibir en ese momento alguna

vibración inusual o premonitoria. Parecía exactamente lo que habían dicho que era: una chica seria, más bien estudiosa, recién salida de una larga vida en la universidad, que hablaba un castellano pintoresco e intentaba mimetizarse, al menos en la forma de vestir, con ese mundo colorido y un poco desharrapado al que pertenecía Lorenzo. Tenía la piel muy blanca, unos ojos azules de muñeca demasiado redondos para ser atractivos y un cuerpo resguardado, difícil de precisar bajo la camisola, pero que empezaba a perder las formas juveniles o, en realidad, ya desde el engrosamiento en la parte alta de los brazos, a sustituirlas por otras más contundentes y definitivas. Cruel relativismo de la edad. Podía verse muy joven para ellos —y sin duda yo la vería así ahora— pero recuerdo que a mí, que no llegaba en esa época a los veinticinco años, me pareció una chica más bien pasada, que empezaba inexorablemente a engordar. Y la única percepción que tuve,

quizá por algo pulido en los modales —porque no había nada ostentoso en la forma en que se vestía y su aspecto de artista marginal era también impecable— fue que ella, a diferencia de Lorenzo, debía provenir de una familia con dinero.

No se quedaron mucho tiempo (desde el principio habían advertido que pasaban sólo a brindar porque iban después a otra fiesta) pero Moriana se las ingenió de todos modos para dejarme un instante frente a frente con Lorenzo. Delante de ella no pude sino redoblar la admiración por el cuadro que nunca había alcanzado a sentir. Él me escuchó con atención y benevolencia, mientras hacía girar con dos dedos la punta del bigote como si le diera cuerda a un mecanismo sutil, y en un momento, agradecido o convencido de algo, me tendió una tarjeta de invitación para una muestra individual en una galería que recién se inauguraba. Algo más recuerdo: a la hora de

brindar, Moriana me pidió que sirviera una de las botellas de champagne desde el otro extremo de la mesa. Cuando llegué en la ronda a la copa de Lorenzo, él la cubrió con una mano. No, por favor, me dijo, yo ya me tomé una vida. Y se sirvió de una de las botellas de gaseosa. Aquello era entonces lo que había querido decir Moriana, el secreto que todos conocían menos yo. No pasaron más de cinco minutos y vi que Sigrir, desde otro grupo, le hacía una seña disimulada, pero cada vez más imperiosa, para que se fueran. Esta vez bajó Renato para acompañarlos. Se hizo un silencio de sobreentendidos y miradas cruzadas mientras todos esperábamos a que reapareciera en la escalera.

—Y bien: hagan sus apuestas —dijo Clarita—. ¿Cuánto le dura ésta?